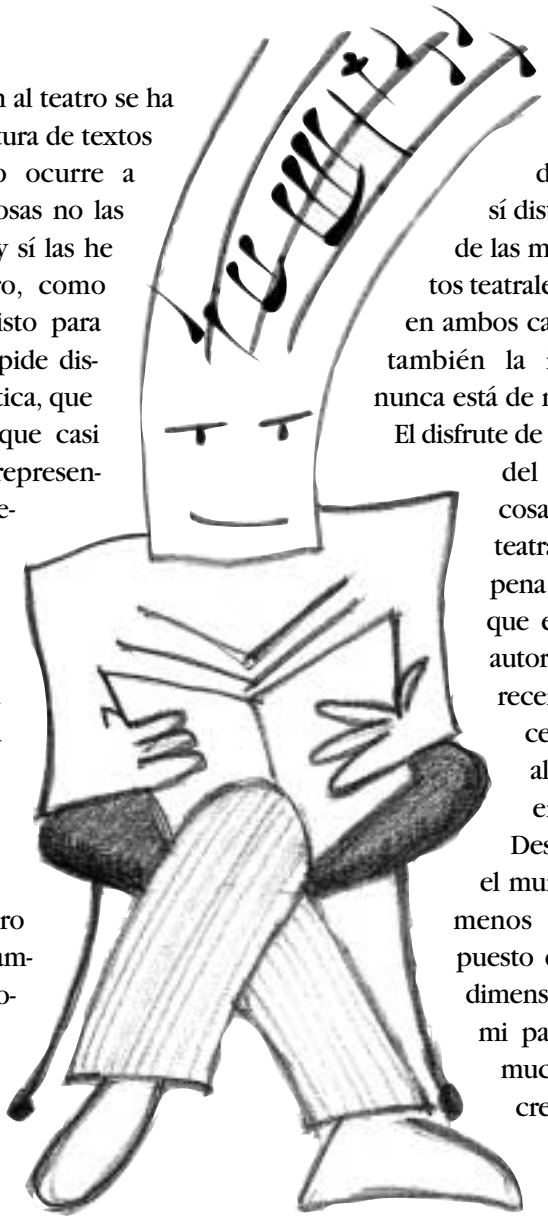
El texto teatral como partitura del teatro

Tomás Marco



Desde siempre, mi afición al teatro se ha visto acompañada por la lectura de textos teatrales. De hecho, como ocurre a menudo, algunas obras famosas no las he visto representar nunca y sí las he leído. Cierto que el teatro, como espectáculo, necesita ser visto para ser tal, pero ello no nos impide disfrutar de la literatura dramática, que es un género literario, aunque casi siempre tenga vocación de representación. Equívoco que posiblemente arrastramos desde hace 500 años con Fernando de Rojas y su texto de literatura dramática.

En cierta medida hay una similitud, aunque no una igualdad con la lectura de una partitura y su interpretación en concierto. No cabe duda de que la música se produce al ser tocada, pero la lectura de una partitura también aporta riquezas de índole intelectual. De la lectura detallada de una fuga de Bach, un motete isorrítmico tardomedieval o una obra serial de la Escuela de Viena, se sacan consecuencias y placeres no digo que superiores, pero sí distintos a los de la escucha de las mismas obras. Con los textos teatrales ocurre algo parecido y, en ambos casos, lo que se ejercita es también la imaginación, algo que nunca está de más.

El disfrute de la lectura tiene en el caso del texto teatral muchas cosas añadidas y una pieza teatral que sólo merezca la pena ver y no leer, lo único que está indicando es que el autor está a punto de desaparecer. Al menos de desaparecer como escritor que es algo que debería ser obvio en un autor dramático. Desde luego, animo a todo el mundo a ver teatro pero no menos a leer textos teatrales puesto que le dan al teatro una dimensión literaria propia. Por mi parte, si siempre he leído muchos textos teatrales, no creo que sea hora ni haya ningún motivo para dejar de hacerlo. ■